

Los penitentes de Lobato

Por unas calles llenas de gente, entre velas e inciensos mis sorprendidos ojos veían pasar una procesión. Por primera vez, el Jueves Santo veleño se me mostraba, solemne, envuelto en aromas de abril. Un Cristo se mecía despacio al compás de una música hermosa en un trono sencillo que llevaban a hombros unos jóvenes vestidos con traje oscuro y una llamativa beca roja. Uno de ellos, que me sonreía al pasar, me había contado que, dos años antes, un grupo de estudiantes inmersos en el apasionante ajeteo de la adolescencia, entre libros de química, matemáticas o filosofía estudiaron la manera de fundar la cofradía que pasaba delante, conocida popularmente como “Estudiantes”. Entre aquellos chicos inquietos, andaba, como entre todo lo que olía a tradición y cultura, el joven de pelo rizado que pintaba cuadros y escribía versos mirando el mundo a través de unas gafas que le acercaban la vida que él sentía latir desde su corazón sensible. Un corazón de poeta. Se llamaba Joaquín Lobato, y le recordaré siempre paseando entre amigos por la carretera hablando de libros, de pintura, de poesía o de esa caseta inolvidable, que adornaba con sus propios dibujos, que destinaba las ganancias de esas noches de feria de bohemia y de ilusión a ayudar a la cofradía. En aquel primer Jueves Santo para mí, el joven poeta estaba arrimando el hombro entre amigos y becas rojas. Captando imágenes para pintar; imaginando versos para rimar con su sentir veleño. “Y abril, la procesión y el niño del tambor”. No podía imaginar entonces que, cincuenta años después de fundarse la cofradía, un dibujo suyo sería el cartel de la Semana Santa de su pueblo. Un cartel, con su sello inconfundible, que miro ahora entre un montón de imágenes dormidas que el recuerdo de aquel tiempo me alborota.

Cinco penitentes miran a esa torre de San Juan que destaca siempre en el perfil veleño. Por encima de ella y de los puntiagudos capirotos, el paisaje tantas veces mirado desde cualquier ventana por sus inquietos y soñadores ojos... “La ventana alta. Los montes. La tarde.” Seis estrellitas y una luna menguante iluminan la noche de abril. Con trazos tan simples, nunca una media luna y unas diminutas estrellas iluminaron mejor un recuerdo; un instante de penitencia que el autor plasmó en una bandeja de cartón mientras vivía su particular Viacrucis de cama en cama en un hospital. Tal vez dulcificaba lo amargo de un reposo obligado con imágenes amables de la niñez; con recuerdos de alguna de esas tardes donde entre inciensos y músicas serias se oía otra musiquilla de ambiente que las voces infantiles coreaban ajenas a protocolos y solemnidades: “Penitente, culo caliente, la botellita del aguardiente”. Al son de esa cancioncilla popular, su pluma traviesa le hizo un guiño al pasado incluyendo en el dibujo la frase que era parte irrenunciable de la banda sonora de su infancia. El cartel de Lobato evoca ese recuerdo. No es un cartel al uso: no tiene flores, ni velas alumbrando; no hay tambores ni cornetas; no hay Cristos que agonizan, ni Vírgenes bellas que lloran entre bambalinas... Pero tiene alma. El alma de un veleño que nos hace ver lo que no está y sentir lo que no se ve. Joaquín lo pintó dos años antes de que sus ojos dejaran de ver para siempre el abril veleño y cualquier otro abril. Se cerró la ventana que le asomaba a las tardes, “siempre la tarde. Ay, la tarde. La hora del pan y la onza de chocolate”. Tan simple, tan sencillo, el cartel me sugiere todo lo que me gusta de la estética de la Semana Santa: las músicas, las imágenes, los olores, las velas, los palios, los silencios, el bullicio, la noche estrellada, la primavera... El griterío jubiloso de los niños que reclaman peladillas y se enfadan con los penitentes; la beca roja luciendo perfecta en los hombros queridos... La procesión pasando por calles manchadas de muchas ceras antiguas; silencios y algarabía mezclando lo sacro y lo profano. Creencias y tradiciones asomándose a un cartel que me encanta. Un cartel pintado por aquel que se oponía a la derrota mientras perdía la batalla. Un soñador con el cuerpo mermado y el alma intacta.

Ojalá pueda ver, desde alguna ventana celeste, el cálido homenaje que le hacen sus amigos y su pueblo con ese cartel adornando las calles. Quizá sienta de nuevo que “esta luz gris de ahora en la ventana rememora entornadas distancias incontenibles”...

Tan lejos y tan cerca estás, Joaquín, del acontecer de la vida veleña después “de los muchos soles contenidos”.

Margarita García Galán

Publicado en *Diario de la Axarquía* el día 14 de febrero 2014